

PETER W. GALBRAITH

Cómo salir de Irak

A más de un año de que los marines estadounidenses derribaran la estatua de Sadam Husein en la plaza Firdos de Bagdad, las cosas han ido muy mal para EEUU en Irak y para sus ambiciones de crear una democracia modélica que pudiera transformar Oriente Medio. Escrito con anterioridad al traspaso de poder realizado el 29 de junio, el autor analiza en este texto tanto el proceso como las consecuencias de la ocupación de Irak por EEUU, así como los planteamientos que han guiado la actuación estadounidense. Así mismo, a partir de la compleja realidad iraquí –constituida por la población chií, suní y kurda–, explora los distintos modelos de Estado posibles para Irak, en función de las aspiraciones de cada grupo, aplicando un riguroso conocimiento tanto de la política estadounidense como de Irak y las lecciones aprendidas de otros procesos similares como el ocurrido en Yugoslavia.

Mucho de lo que ha ido mal era evitable. Centrando sus esfuerzos en ganar la batalla política para poner en marcha una guerra, el Gobierno de Bush no fue capaz de anticipar el caos posbélico en Irak. La estrategia gubernamental parece haberse basado en la esperanza de que los burócratas y policías iraquíes simplemente transfirieran su lealtad a las nuevas autoridades, asegurando así el funcionamiento del país. Pero toda la experiencia sobre Irak sugería que lo más probable era que la autoridad civil se colapsara, a pesar de lo cual no existía un plan creíble para esta eventualidad. De hecho, el esfuerzo estadounidense para reconstruir Irak no se ha recuperado de sus confusos comienzos, cuando no logró prevenir el saqueo de Bagdad en los primeros días de la ocupación.

A los estadounidenses nos gusta pensar que todo problema tiene solución, pero en Irak esto tal vez no se cumpla. Irak por fin se ha librado de Sadam Husein y del partido Baaz. Junto al régimen de Pol Pot en Camboya, el régimen de Sadam era uno de los más crueles e inhumanos de la segunda mitad del siglo XX. Atendiendo a la definición de genocidio especificada en la Convención sobre Genocidio de 1948, se puede acusar al partido Baaz iraquí de planear y ejecutar dos genocidios: uno contra la población kurda a finales de los años ochenta y otro en los

Peter W. Galbraith es diplomático estadounidense en el Centro de No Proliferación y Control de Armas. Como miembro del Comité de Relaciones Internacionales del Senado de EEUU, en los años ochenta, destapó y documentó la campaña iraquí "Anfal" contra los kurdos. Artículo publicado originalmente en *The New York Review of Books*, el 13 de mayo de 2004, Vol. 51, N° 8. Se cuenta con autorización para su reproducción

Traducción: Eric Jalain Fernández

años noventa contra las poblaciones árabes que habitaban las zonas pantanosas del sur. En los años ochenta las Fuerzas Armadas iraquíes y los servicios de seguridad destruyeron sistemáticamente más de 4.000 pueblos kurdos y algunas ciudades pequeñas; en 1987 y 1988 atacaron con armamento químico más de 200 pueblos y ciudades kurdas, y organizaron la deportación y ejecución de más de 182.000 civiles kurdos.

En los años noventa el régimen de Sadam Husein drenó los pantanos del sur de Irak desplazando a 500.000 personas, la mitad de las cuales huyeron a Irán, y matando a unas 40.000. Además de destruir la civilización árabe de los pantanos, con más de cinco milenios de antigüedad, el drenaje de las marismas causó un amplio daño ecológico a uno de los ecosistemas de humedales más importantes del planeta. Desde 1979 decenas de miles de personas han muerto en purgas sucesivas, y en los seis meses que siguieron al fracaso del levantamiento chií de marzo de 1991 murieron por lo menos 300.000 chiíes. Una fosa común cerca de Hilla tal vez contenga unos 30.000 cuerpos.

En un mundo más justo, Naciones Unidas o una coalición de Estados voluntarios hubieran desalojado a este régimen del poder mucho antes de 2003. Sin embargo, precisamente cuando estaba cometiendo sus más horribles crímenes, a finales de los años ochenta, los Gobiernos de Reagan y de Bush se opusieron vigorosamente a cualquier medida para castigar a Irak por su campaña genocida contra los kurdos, o para disuadirle de que usara armamento químico contra civiles kurdos.

La guerra Irán-Irak acabó el 20 de agosto de 1988. Cinco días después, el ejército iraquí inició una serie de ataques químicos contra al menos 49 pueblos kurdos en la provincia de Dihok, cerca de las fronteras con Siria y Turquía. Como miembro de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, entrevisté (junto a Chris Van Hollen, ahora congresista por Maryland) a cientos de supervivientes en las montañas de la frontera turca. Nuestro informe, que determinó de manera concluyente que Irak usó agentes de gas nervioso y de gas mostaza contra decenas de miles de civiles, coincidió con la aprobación en el Senado de la Ley de Prevención del Genocidio en 1988, que imponía amplias sanciones económicas contra Irak por sus crímenes contra los kurdos. El Gobierno de Reagan se opuso a la medida legislativa desde una postura orquestada por el entonces consejero de seguridad nacional Colin Powell, calificando tales sanciones de "prematuras".

La población de Irak está hoy mejor que con Sadam Husein, excepto un relativamente escaso número de árabes suníes seguidores de Sadam que trabajaban para su régimen. Los problemas que amenazan con desgarrar el país (las aspiraciones independentistas kurdas, las ambiciones de dominación chií y la nostalgia de los árabes suníes por el poder perdido) no son producto de EEUU (aunque el no haber actuado antes contra Sadam haya dificultado su solución). Más bien son problemas inherentes a un Estado artificial mantenido unido durante 80 años básicamente por medio de la fuerza bruta.

La liberación estadounidense (porque fue una liberación) acabó con el sistema de fuerza bruta. Los iraquíes celebraron el derrocamiento de la dictadura. Sin embargo, desde entonces:

- Acciones hostiles han matado el doble de soldados estadounidenses que los caídos durante la guerra misma, y miles de iraquíes también han muerto.
- Los terroristas han matado al máximo representante de la Misión de Naciones Unidas, Sergio Vieira de Mello; al político chií más destacado de Irak, el ayatolá Baqir al-Hakim; y al primer ministro del Gobierno Regional del Kurdistan, Sami Abdul Rahman, junto a cientos de otras víctimas.
- Los saqueos han provocado daños valorados en miles de millones de dólares, la mayoría de los cuales serán reparados a expensas del contribuyente estadounidense.
- Ya se han gastado en Irak 150.000 millones de dólares, una suma equivalente al 25% del presupuesto federal no militar previsto (en contraste, la primera Guerra del Golfo se saldó con un pequeño beneficio para el Gobierno estadounidense, debido a las contribuciones de las demás naciones).
- El descontento contra la ocupación dirigida por EEUU ha desembocado en una insurrección en las áreas chiíes de Irak coincidiendo con el primer aniversario de la liberación, y en una insurgencia persistente en el Triángulo Suní que ha degenerado en una batalla a gran escala en Fallujah. Muchos de los miembros del Consejo de Gobierno iraquí, nombrados por EEUU, se han opuesto vigorosamente a las acciones del ejército estadounidense. Y las instituciones de seguridad de creación estadounidense (la nueva policía iraquí y los cuerpos paramilitares de Defensa Civil iraquí) se han negado a combatir o, incluso en algunos casos, se han unido a los rebeldes.
- La credibilidad estadounidense se ha visto socavada por la incapacidad de encontrar armas de destrucción masiva. Las elecciones en España, el hundimiento de Tony Blair en los sondeos y la previsible derrota del Gobierno de Howard en Australia, evidencian el riesgo político que supone asociarse de manera demasiado estrecha con EEUU.
- Las relaciones con Francia y Alemania han quedado muy maltrechas, en algunos casos debido a comentarios gratuitos realizados por altos funcionarios estadounidenses.
- EEUU ya no tiene los recursos militares o diplomáticos necesarios para afrontar amenazas mucho más serias contra nuestra seguridad nacional. El presidente Bush ha identificado acertadamente el peligro planteado por la conexión entre las armas de destrucción masiva y los Estados delincuentes. La mayor amenaza reside, en efecto, en que ciertos Estados delincuentes puedan adquirir y distribuir tecnología bélica nuclear. Pero, a comienzos de 2003 Irak no suponía ningún peligro de ese tipo. Por culpa de la guerra en Irak, EEUU ya no tiene ni los recursos ni el apoyo internacional para poder afrontar con eficacia las amenazas nucleares realmente serias procedentes de países como Corea del Norte, Irán, y, el más peligroso de todos, nuestro recientemente nombrado "gran aliado fuera de la OTAN", Pakistán.

Apenas cien días antes de devolver el poder a un Irak soberano a finales de junio, no hay planes ni decisiones claras sobre cómo se gobernará el país a partir del día siguiente. A principios de este mes, el Gobierno de Bush se felicitaba a sí mismo generosamente por la firma de una Constitución provisional para Irak, y

*Por culpa de
la guerra en
Irak, EEUU
ya no tiene ni
los recursos
ni el apoyo
internacional
para poder
afrontar con
eficacia las
amenazas
nucleares
realmente
serias*

describía las garantías para los derechos humanos de dicha Constitución como inéditas en Oriente Medio. Tres semanas después, la Constitución provisional ya es papel mojado.

Como mucho de lo relativo al Gobierno estadounidense del Irak de posguerra, los obstáculos nos los hemos puesto nosotros mismos. Mientras se contaba a los iraquíes que se quería aplazar las cuestiones constitucionales a un órgano iraquí electo, la Autoridad Provisional de la Coalición, dirigida por EEUU, no pudo resistir la tentación de intentar establecer ya en la Constitución provisional los fundamentos constitucionales. Los legisladores del Gobierno estadounidense que redactaron esta Constitución provisional, conocida oficialmente como Ley Administrativa Transitoria, no se esforzaron lo más mínimo en disimular su autoría. Todas las deliberaciones legales se realizaron en secreto y probablemente menos de un centenar de iraquíes tuvieron acceso a una copia del texto antes de que fuera promulgado. Redactar una ley fundamental en cualquier democracia (y más aún una Constitución) sin ningún debate público, debería ser impensable. Ahora que los iraquíes comienzan a conocer los contenidos de tal Constitución nadie debería de sorprenderse de que muchos no estén de acuerdo con disposiciones cuyo planteamiento les fue ocultado.

Los líderes chiíes iraquíes afirman que la Asamblea Nacional, que ha de ser elegida en enero de 2005, no debería estar constreñida por un documento preparado por legisladores del Gobierno estadounidense, deliberado en secreto y firmado por 25 iraquíes seleccionados por el embajador Bremer. Los chiíes son particularmente contrarios a una disposición de la Constitución provisional que permite a tres de las 18 provincias de Irak vetar la ratificación de una Constitución permanente. Esto posibilita tanto a los kurdos como a los árabes suníes (cada uno de estos grupos supone entre un quinto y un sexto de la población de Irak) bloquear cualquier Constitución que no les guste. Se trata, sin embargo, de una disposición razonable, pues imponer una Constitución contra la voluntad de los kurdos o de los árabes suníes provocaría un nuevo ciclo de resistencia y de conflicto. La postura de los chiíes provoca en los kurdos (que están bien armados) reticencias a ceder poderes a un gobierno central que puede estar controlado por los primeros.

De momento, los árabes suníes disponen de pocos líderes identificables. Los kurdos, en cambio, están bien organizados. Cuentan con un Parlamento electo y con dos gobiernos regionales, con su propio sistema de justicia, y con unas poderosas fuerzas armadas de 100.000 efectivos, conocidos como los *peshmerga*. Estos, que fueron los principales aliados de los estadounidenses en la guerra de 2003, están mejor armados, entrenados y disciplinados que el minúsculo ejército iraquí que EEUU intenta reconstituir.

A principios de 2005 es probable que se produzca un choque entre un gobierno central electo controlado por los chiíes, que intentará hacer caso omiso de la Constitución provisional para imponer su voluntad en todo el país, y un gobierno kurdo que insiste en conservar el estatus independiente que ha disfrutado *de facto* durante trece años. La lucha política se complica debido a una encarnizada disputa territorial en torno a la provincia rica en petróleo de Kirkuk, en la que están implicados los kurdos, los árabes suníes, los árabes chiíes, los turcos suníes y los turcos chiíes. Es la receta de la guerra civil.

Destrucción fuera de control

Cuando EEUU entró en Bagdad el 9 de abril de 2003 encontró una ciudad ampliamente indemne gracias a una campaña militar cuidadosamente ejecutada. Sin embargo, durante los dos meses que siguieron a la ocupación estadounidense, los saqueos incontrolados desvalijaron todas las instituciones públicas importantes de la ciudad, con la notable excepción del Ministerio del Petróleo. Las pérdidas materiales incluyen:

- La Biblioteca Nacional, que ha sido saqueada e incendiada. Es el equivalente a la Biblioteca del Congreso de EEUU, y conservaba todos los libros y periódicos publicados en Irak en el último siglo, así como manuscritos valiosos. Su destrucción supone la pérdida de un patrimonio histórico que alcanza los tiempos del Imperio Otomano.
- El Museo Nacional de Irak también fue saqueado. Más de 10.000 piezas han sido robadas o destruidas. El Pentágono ha intentado, deliberada y repetidamente, minimizar los daños producidos, excluyendo de sus estimaciones piezas robadas de los depósitos así como tesoros expuestos que han sido destrozados pero no robados.
- Hospitales y otras instituciones sanitarias públicas, donde los saqueadores han robado equipos médicos, medicinas y hasta camas de pacientes.
- Las universidades de Bagdad y de Mosul, de donde han desaparecido los ordenadores, el material de oficina y los libros. Investigaciones académicas producto de décadas de trabajo se han esfumado o han acabado desperdigadas.
- El Teatro Nacional fue incendiado por los saqueadores tres semanas después de la llegada de las fuerzas estadounidenses a Bagdad.

Y lo que es más sorprendente, EEUU no hizo ningún esfuerzo aparente por vigilar lugares que habían sido relacionados con los programas de armas de destrucción masiva iraquíes, o edificios que supuestamente contenían importante información de la inteligencia iraquí. El resultado es que EEUU puede haber perdido valiosa información relacionada con las adquisiciones de los programas de armas de destrucción masiva, con la resistencia paramilitar, con las actividades de inteligencia exterior y con los posibles vínculos con Al-Qaeda.

El 16 de abril los saqueadores atacaron el equivalente iraquí de los Centros de Control de Enfermedades estadounidenses, robando muestras activas de VIH y de la bacteria de la fiebre negra. La Comisión de Monitoreo, Verificación e Inspección de Naciones Unidas (UNMOVIC) y la Comisión Especial de Naciones Unidas (UNSCOM) desde hacía tiempo consideraban este edificio sospechoso, y habían realizado repetidas inspecciones del mismo. Este saqueo complica los esfuerzos por analizar y valorar las investigaciones iraquíes sobre armas biológicas realizadas en el pasado. Un teniente de los *marines* observó el saqueo desde la puerta de al lado y afirmó: “Espero no ser responsable del Armagedón, pero nadie me contó qué había en este edificio.”

Aunque las tropas estadounidenses se trasladaron al emplazamiento del complejo nuclear iraquí de Tuwaitha, no protegieron el depósito que contenía *yellowca-*

ke y otros materiales radioactivos. Los saqueadores se llevaron material que terroristas podrían utilizar para la fabricación de armas radioactivas, aunque gran parte del mismo fue finalmente recuperado. El material nuclear saqueado se hallaba en un lugar conocido, y ya había sido puesto bajo custodia por la Comisión Internacional de Energía Atómica.

Diez días después de la toma estadounidense de Bagdad, entré en el Ministerio de Exteriores iraquí, que no estaba vigilado, recorrí el edificio desde las instalaciones del aire acondicionado en la azotea hasta los archivos situados en la planta baja, pasando por la oficina del ministro de asuntos exteriores, que registré a fondo. Las únicas personas que encontré eran los saqueadores, muy ocupados abriendo cajas fuertes y llevándose muebles. No estaban armados e incluso me ayudaron a buscar documentos. Los archivos del Ministerio de Exteriores podrían haber arrojado luz sobre las actividades iraquíes de espionaje en Occidente, sobre sus intentos de adquirir armas de destrucción masiva y sobre cualquier vínculo que hubiera podido existir con Al-Qaeda. Pero, tal vez ya nunca se sepa nada al respecto, puesto que los saqueadores esparcieron y quemaron los archivos en el plazo de diez días o más durante el cual este edificio permaneció sin vigilancia.

Los saqueos han desmoralizado a los profesionales iraquíes, las personas que al fin y al cabo EEUU está buscando para reconstruir el país. Tanto los profesores de universidad, como los tecnócratas gubernamentales, los doctores y los investigadores estaban relacionados con las instituciones saqueadas. Algunos han visto cómo el trabajo de toda una vida se transformaba literalmente en humo. Los saqueos también agravaron otros problemas: la falta de electricidad, agua potable y teléfonos, y la ausencia de policía o de otros cuerpos de seguridad. Y lo que es más importante, los saqueos han minado la confianza iraquí en las autoridades de ocupación estadounidenses, y su respeto hacia las mismas.

“Inocentes intenciones”

En las zonas de Irak tomadas por los rebeldes durante los levantamientos de marzo de 1991 se produjo este mismo tipo de saqueos de instituciones públicas. En 2003, EEUU no podía evitar todos los saqueos, pero sí muchos de ellos. En concreto, podía haber protegido los ministerios gubernamentales iraquíes, los hospitales y los laboratorios e instalaciones de inteligencia más importantes. Podía haber protegido el Museo Nacional y otros muchos lugares culturales e históricos importantes de Irak.

En la primavera de 2003, Thomas Warrick, del Grupo de Trabajo *Future of Irak* del Departamento de Estado, preparó una lista de lugares a los que proteger en Bagdad. El Museo Nacional ocupaba el segundo lugar en la lista. En cabeza se encontraban los documentos del régimen anterior, los mismos que encontré esparcidos por todo el Ministerio de Exteriores y por otros lugares. Lo que ocurrió después es un misterio. Mis informantes del Departamento de Estado me dijeron que la lista fue enviada a Douglas Feith, un subsecretario del Departamento de Defensa, y ya no salió de su oficina. Los defensores de Feith insisten en que los

militares estadounidenses sobre el terreno no llegaron a entrar en acción. En cualquier caso, también hay responsabilidad en la falta de supervisión.

Durante la guerra en Kosovo, se criticó al Gobierno de Clinton por insistir en la supervisión presidencial de los objetivos propuestos. El presidente Bush, con su notable falta de curiosidad, parece no haberse planteado nunca ni tan siquiera la pregunta más básica: ¿qué va a pasar una vez que ya estemos en Bagdad? La incapacidad para responder a esta pregunta desde el comienzo ha echado por tierra todos los esfuerzos estadounidenses en Irak, de tal manera que EEUU aún no se ha recuperado y tal vez nunca lo haga.

El Gobierno de Bush decidió que Irak iba a ser gobernado por un administrador civil estadounidense (en principio, el general retirado Jay Garner) y por consejeros estadounidenses que actuarían *de facto* como ministros de cada ministerio del Gobierno iraquí. Esto partía del supuesto de que la guerra descabezaría las altas esferas del régimen de Sadam Husein, y que al día siguiente el resto de la gente estaría dispuesta a colaborar.

Como era predecible, no ha sido así. En 1991 la autoridad se derrumbó en las áreas que cayeron en manos de los insurgentes. Incluso si hubiera ocurrido lo que el Gobierno de Bush esperaba, éste no estaba preparado para gobernar Irak. Cuando comenzó la guerra, el Ejecutivo aún estaba reclutando a funcionarios estadounidenses para desempeñar el papel de ministros *de facto* de Irak. Las personas así reclutadas no contaron con el tiempo suficiente para prepararse para esta misión, para conocer Irak o para dominar los numerosos conocimientos requeridos en la dirección de los ministerios asignados. Se cometieron muchos errores. Por ejemplo, el funcionario estadounidense encargado de las prisiones decidió trabajar con Ali al-Jabouri, el alcaide de la cárcel de Abu Ghraib, ignorando aparentemente la terrible reputación de esta prisión como el lugar donde perecieron decenas de miles de personas bajo el régimen de Sadam Husein. La coalición ha rehabilitado Abu Ghraib y la utiliza hoy en día como cárcel. El simbolismo de este hecho puede que no sea captado por los administradores estadounidenses, pero sí por los iraquíes.

A finales de 2002 y comienzos de 2003 estuve con altos funcionarios del Gobierno estadounidense en Kirkuk, la multiétnica ciudad al oeste de la frontera con la región de autogobierno kurdo. Cuando Kirkuk, que los kurdos reclaman, estaba bajo el poder de Sadam Husein, se cometieron allí horribles violaciones de los derechos humanos. Existía la posibilidad de que los kurdos, brutalmente expulsados en los años ochenta y noventa, volvieran para saldar cuentas con los árabes instalados en sus casas. La semana que comenzó la guerra pregunté al funcionario estadounidense responsable de Kirkuk qué tenía previsto para afrontar dicho problema. "Confiamos en la policía local", me explicó. Así que le pregunté si los integrantes de esta policía eran kurdos o árabes. No lo sabía. Es asombroso que los planes estadounidenses para afrontar los conflictos étnicos en la ciudad más explosiva de todo Irak se basen en esperanzas puestas en el comportamiento de una fuerza policial sobre la cual se carece de la información más básica.

La policía de Kirkuk estaba integrada, de hecho, por árabes, y había colaborado en la limpieza étnica contra los kurdos de la ciudad. Cuando las fuerzas kurdas entraron en Kirkuk, el 10 de abril de 2003, la policía había desaparecido. Muchos

Las estrategias del Gobierno de Bush en Irak se han basado en una concepción de un Irak que no existe

otros árabes también huyeron, aunque esto fue ampliamente ignorado por la prensa internacional.

Las estrategias políticas de EEUU en Irak no han sido menos incoherentes. El general Garner anunció que pronto devolvería el poder a un gobierno iraquí provisional. Tres semanas después fue sustituido por el embajador Bremer y por una nueva estructura: la Autoridad Provisional de la Coalición (APC). Los funcionarios estadounidenses señalaron que la participación iraquí iba a limitarse a un consejo asesor y que EEUU pretendía quedarse en Irak por más de tres años. Redactarían para el país una Constitución democrática, tras lo cual devolverían el poder a un gobierno electo. Pocas semanas después, Bremer cambia de idea y anuncia que va a compartir el poder con un consejo de gobierno iraquí representativo. En noviembre, cuando la popularidad de Bush cayó en picado en los sondeos, Bremer fue llamado a Washington para discutir una nueva estrategia. Se había decidido que EEUU devolviera el poder, el 30 de junio de 2004, a un gobierno iraquí soberano que iba a ser elegido siguiendo un complicado sistema de comités electorales formados en cada provincia. En enero, este plan quedó descartado (fue descrito por todos como “una elección por gente elegida por gente elegida por Bremer”).

La última, y quinta en lo que va de año, estrategia (basada en la Constitución provisional y en la toma del poder soberano el 30 de junio por parte de un órgano en abril todavía por determinar) ya está viniéndose abajo ante la oposición chií y la creciente violencia.

Las estrategias del Gobierno de Bush en Irak están fracasando por muchas razones. Para empezar, porque están siendo improvisadas sobre la marcha, sin tener en cuenta las ventajas de planificar, de conocer adecuadamente el país o de acudir a la experiencia de situaciones comparables. En segundo lugar, el Ejecutivo no ha estado dispuesto a comprometerse con una estrategia concreta. Y en último lugar, pero más importante, todas las estrategias se han basado en una concepción de un Irak que no existe.

El problema fundamental de Irak: la ausencia de iraquíes

En el norte, los kurdos prefieren casi de forma unánime no formar parte de Irak, por razones comprensibles. Los 80 años de asociación del Kurdistán con Irak se resumen en represión y conflicto, a lo largo de los cuales el régimen de Sadam Husein ha supuesto la fase más brutal. Desde 1991, el Kurdistán ha sido independiente y la mayoría de los kurdos iraquíes consideran este periodo una edad de oro de autogobierno democrático y de progreso económico. En 1992, el Kurdistán celebró las únicas elecciones democráticas de la historia de Irak, en las que los votantes eligieron a los miembros de una recientemente creada Asamblea Nacional Kurda. Durante los últimos doce años el gobierno regional de Kurdistán ha construido 3.000 escuelas (en 1991 había 1.000 escuelas), ha abierto dos universidades y ha permitido la libertad de prensa —ahora existen numerosas publicaciones en lengua kurda, estaciones de radio y de televisión—. Para las viejas generaciones Irak es un mal recuerdo, mientras que para los jóvenes, que en su mayoría no hablan árabe, ser iraquí no tiene ningún sentido.

En su gran mayoría, la población del Kurdistán prefiere la independencia antes que ser parte de Irak. En tan sólo un mes, desde el 25 de enero de 2004, las ONG kurdas recolectaron 1.700.000 firmas pidiendo una votación sobre la permanencia del Kurdistán en Irak. Esta cifra supone dos tercios de los adultos kurdos.

En el sur, los reprimidos chiíes se expresan básicamente a través de su identidad religiosa. A principios de marzo no vi ninguna señal de apoyo a los partidos no religiosos. Si se celebran elecciones libres en Irak, los partidos religiosos chiíes (principalmente el Consejo Supremo de la Revolución Islámica en Irak –SCIRI– y el *Dawa* – la Llamada–) probablemente lograrán sumar una mayoría absoluta en la Asamblea Nacional.

La opción extremista está representada por Muktada al-Sader, el líder de la insurrección chií. Si se le permite presentarse a las elecciones logrará captar una porción del voto chií. Si se le excluye (o es encarcelado o asesinado), sus simpatizantes influirán en las políticas de los principales partidos chiíes, o incluso pueden trastornar el proceso electoral. Ninguna de estas alternativas favorece la esperanza de crear un Irak estable y democrático.

Los chiíes no son separatistas, pero muchos de ellos creen que su posición mayoritaria les legitima para controlarlo todo en Irak e imponer su versión de Estado islámico. También consideran sus relaciones con los chiíes de otros países tan importantes como sus sentimientos patrióticos hacia Irak. Los chiíes iraníes, como el ayatolá al-Sistani y, desde la tumba, el ayatolá Jomeini, tienen una influencia política y espiritual enorme en el sur de Irak. Allí sus retratos son omnipresentes. Los principales representantes de los chiíes árabes iraquíes, como el líder del SCIRI Abdel Azziz al-Hakim, a menudo muestran una tendencia muy pro-iraní.

Los árabes suníes siempre han sido los principales impulsores del nacionalismo iraquí, y una parte de la insurrección anti-estadounidense en el Triángulo Suní es de carácter nacionalista. Están acostumbrados desde hace tiempo a concebir el Estado iraquí como parte de una nación árabe más amplia, este era un principio básico del partido Baaz. En la medida en que estos suníes están viviendo el final de su posición histórica dominante, pueden intentar compensar esta nueva situación como minoría identificándose con una gran nación árabe. Pero, sus relaciones con otras poblaciones suníes pueden finalmente imponerse incluso al panarabismo. Como en el resto del Irak árabe, los partidos religiosos suníes parecen ganar posiciones en el centro suní del país a expensas de los partidos laicos.

Los grupos de extremistas islámicos suníes, incluyendo algunos que han establecido recientes vínculos con Al-Qaeda, parecen cobrar un protagonismo cada vez más importante en la insurrección del Triángulo Suní (lo que explicaría el creciente uso de hombres-bomba, una táctica poco atractiva para los siempre más mundanos baazistas). Mediante ataques contra líderes y celebraciones religiosas chiíes (por ejemplo, los atentados con bombas cometidos el pasado marzo en Bagdad y en Karbala durante la fiesta religiosa de la *as-Shoura*, y el asesinato con coche-bomba del líder del SCIRI Baqir al-Hakim), los extremistas suníes pretenden provocar una guerra civil entre las dos principales corrientes religiosas de Irak.

Realidad encontrada

La estrategia de EEUU consiste en mantener Irak unido implantando un gobierno central fuerte. De momento, todos sus logros se han quedado sobre el papel. La Constitución provisional concede al gobierno central el monopolio de la fuerza militar, el control de los recursos naturales, amplias competencias fiscales y el control del poder judicial.

Muy poco de todo esto se va a hacer realidad. La Asamblea Nacional Kurda ha presentado una propuesta general para definir sus relaciones con el resto de Irak. Según esta Asamblea conservaría poder legislativo en la región, preservaría su autonomía fiscal y acabaría poseyendo los recursos naturales de la zona. El Kurdistán conservaría también a sus *peshmerga* (que se convertirían en una Guardia Nacional del Kurdistán iraquí, formalmente bajo la autoridad general del gobierno central de Irak), y otras fuerzas armadas iraquíes tan sólo podrían entrar en el Kurdistán con el consentimiento de la Asamblea Nacional Kurda. Irak pasaría a ser totalmente bilingüe (árabe y kurdo) y el Kurdistán seguiría siendo laico.

Esto sitúa a los kurdos en confrontación directa con los chiíes y con los árabes suníes. Los partidos religiosos chiíes insisten en que el islam debe ser la principal fuente de derecho en todo Irak. Por otro lado, ni los chiíes ni los árabes suníes están dispuestos a que el idioma árabe se rebaje a compartir oficialidad. Pero, sobre todo, tanto los nacionalistas árabes suníes como los líderes religiosos chiíes son contrarios a que el Kurdistán conserve ni siquiera un ápice de la autonomía que tiene hoy en día.

También existen agudos conflictos entre árabes chiíes y árabes suníes. Tienen que ver con las diferentes interpretaciones del islam defendidas por los partidos religiosos de ambos grupos, y con el enfrentamiento entre la postura pro-iraní de los chiíes y el nacionalismo árabe de los suníes.

A pesar de ello, de momento, los chiíes están ofreciendo apoyo moral y material a los insurgentes suníes de Fallujah. Pero una alianza anti-estadounidense de extremistas de ambas confesiones no conducirá necesariamente a la unidad política, ni disipará los temores suníes hacia un poder dominante chií. La división religiosa entre los árabes iraquíes es mucho menos aguda que el abismo étnico entre árabes y kurdos. La democracia requiere tolerancia y voluntad de compromiso y, salvo en situaciones tácticas, no existe en Irak (a excepción del norte) ninguna de estas virtudes en una cultura política regida por absolutistas.

Irak no es salvable como Estado unitario. Por mi experiencia en los Balcanes, resulta imposible preservar la unidad de un Estado democrático cuando la gente de una región geográficamente definida rechaza casi unánimemente formar parte de tal Estado. Y no he encontrado nunca un kurdo iraquí que prefiriera seguir perteneciendo a Irak en el caso de que la independencia fuera una posibilidad real.

Pero, el problema de Irak es que la partición del país tampoco es de momento una posibilidad real. Por un lado, tanto Turquía como Irán y Siria, que cuentan con sustanciales poblaciones kurdas, temen el precedente que podría plantearse si el Kurdistán iraquí se independizara. Por otro, ni los árabes suníes ni los chiíes aceptan la segregación del Kurdistán. Los árabes suníes, por su parte, carecen de

recursos para mantener un Estado independiente propio (los mayores campos petrolíferos de Irak se hallan en el sur chií y en el disputado territorio de Kirkuk).

Como ocurrió en los Balcanes, las cuestiones territoriales no resueltas en Irak muy posiblemente se traduzcan en violentos conflictos. Kirkuk tal vez sea el punto más explosivo. Los kurdos lo reclaman como parte de su Kurdistán histórico. Quieren que el proceso de arabización de la región (que según algunos se remonta a los años cincuenta) sea revertido. Los kurdos que fueron expulsados de Kirkuk por las políticas de los sucesivos regímenes iraquíes deberían, según ellos, volver a casa, mientras los colonos árabes presentes en la región serían repatriados a otros lugares de Irak. Aunque muchos árabes iraquíes reconocen que los kurdos fueron víctimas de una injusticia, también afirman que el coste humano para reparar esto es demasiado elevado. Y más aún, con el respaldo de Turquía, la etnia turcómana asegura que Kirkuk es una ciudad turca, y que tienen derecho a disfrutar de la misma autonomía que los kurdos.

Si la situación de Kirkuk resultará difícil de resolver dentro de un Irak unido, será imposible si el país se parte en dos o tres zonas. Y aunque Kirkuk es el más conflictivo de los territorios en disputa, tan sólo es uno entre muchos.

La mayor esperanza para mantener Irak unido (y así evitar una guerra civil) consiste en dejar que cada una de sus principales comunidades constituyentes establezca, en la medida de lo posible, el sistema que desee. Esto también supone la única política que puede sacar las fuerzas estadounidenses fuera de Irak.

En el norte, esto significa aceptar que el Kurdistán seguirá autogobernándose y responsabilizándose de su propia seguridad. Los funcionarios estadounidenses han presentado la autonomía de las fuerzas armadas kurdas como el primer paso que conduce a la partición de Irak. Los kurdos, sin embargo, no conciben tanto tales fuerzas armadas como un atributo de soberanía estatal sino más bien como un elemento de seguridad por si la democracia fracasa en el resto de Irak. Nadie en el Kurdistán confiaría en un ejército nacional iraquí (ni siquiera en uno en el que los kurdos estuvieran bien representados) puesto que los militares iraquíes siempre han sido agentes de represión, y en los años ochenta de genocidio. Los kurdos también perciben claramente lo ineficaces que resultan las nuevas instituciones de seguridad creadas por los estadounidenses. Ante los levantamientos en el Triángulo Suní y en el sur, la nueva policía iraquí y los cuerpos de defensa civil simplemente se desvanecieron.

Los esfuerzos por obligar a los kurdos a integrarse en un Irak más unitario fracasarán porque no hay fuerza que pueda doblegarlos, aparte del ejército estadounidense. Cualquier intento en este sentido exacerbaría las demandas populares de independencia de la región kurda antes de las elecciones de enero.

Si, en cambio, el Kurdistán se siente seguro, es más probable que considere las ventajas de cooperar con otras regiones de Irak. Los vastos recursos iraquíes y los beneficios que revertirían al Kurdistán procedentes del reparto presupuestario suponen un incentivo significativo para que los kurdos sigan formando parte de Irak, siempre y cuando esto no abra un nuevo ciclo de represión (hasta ahora la mayor parte de los kurdos iraquíes han sufrido la riqueza petrolífera de Irak como una maldición que aportaba a Sadam los recursos financieros para aniquilar el Kurdistán).

En el sur, los chiíes iraquíes quieren un Estado islámico. Confían tanto en el apoyo popular, que están forzando un adelanto de las elecciones. EEUU debería permitir que tengan sus elecciones, y prepararse para aceptar el establecimiento de un Estado islámico, pero sólo en el sur. En la mayor parte del sur los líderes religiosos chiíes ya están ejerciendo un poder real: estableciendo cierto nivel de seguridad, asumiendo la educación y colaborando en los servicios municipales. Durante la preparación de la Constitución provisional de Irak, los líderes chiíes pidieron (y obtuvieron) el derecho a formar una o dos regiones chiíes con una autonomía comparable a la del Kurdistán. También defendieron vigorosamente la idea de que el petróleo sea propiedad de las respectivas regiones, lo que no resulta demasiado sorprendente habida cuenta de que las mayores reservas petrolíferas de Irak se encuentran en el sur.

Existe mucha incoherencia entre las demandas chiíes de control del sur y su deseo de imponer la ley islámica en todo Irak. La aceptación de la primera demanda tan sólo afectaría al sur; la segunda, en cambio, es una invitación a la guerra civil, por lo que hay que frenarla.

Una federación, o incluso una confederación, convertirían al Kurdistán y al sur en regiones gobernables, porque ahí hay partidos responsables que pueden asumir las funciones de gobierno. Pero, resulta mucho más difícil atisbar una estrategia para el Triángulo Suní (hasta hace poco la zona de resistencia más violenta contra la ocupación estadounidense) porque no hay un liderazgo árabe suní con un apoyo político visible. Aunque resulta difícil valorar el grado de apoyo popular a la insurrección dentro del Triángulo Suní, pocos árabes suníes en lugares como Fallujah están dispuestos a arriesgar sus vidas oponiéndose a los insurgentes.

Se esperar que cuando los árabes suníes se sientan más seguros en cuanto a su lugar en Irak con respecto a los chiíes y los kurdos, sus posturas se tornen relativamente más moderadas. Una vía para ofrecerles tal seguridad sería la autonomía para las regiones árabes suníes de Irak. Sin embargo, no se puede saber si esto funcionará bien.

Desde 1992, la oposición iraquí ha defendido el federalismo como el sistema de gobierno para un Irak post-Sadam. La Constitución provisional iraquí refleja ese consenso definiendo Irak como un Estado federal. Pero, no hay acuerdo entre los partidos iraquíes sobre lo que significa realmente federalismo, y las estructuras creadas por la Constitución provisional no parece que vayan a aplicarse.

El pasado noviembre Les Gelb, presidente emérito del Consejo de Relaciones Exteriores, provocó un escándalo al proponer, en una columna del *New York Times*, una solución de tres Estados para Irak, siguiendo el modelo de la constitución de la Yugoslavia post-Tito. Seguir el modelo yugoslavo supondría conceder a cada pueblo de Irak su propia república. Estas repúblicas gozarían de autogobierno, de autosuficiencia financiera, y de sus propias fuerzas de policía y de defensa militar. El gobierno central tendría una presidencia simbólica que rotaría entre las repúblicas, con responsabilidades restringidas a asuntos exteriores, política monetaria y cierta coordinación de la política de defensa. Aunque los recursos naturales fueran propiedad de cada república, sería esencial que se diera cierto reparto de los ingresos del petróleo, puesto que a nadie le interesa el empobrecimiento de la región suní.

Tal modelo resolvería muchas de las contradicciones del Irak actual. Los chiíes obtendrían su república islámica, mientras que los kurdos podrían mantener sus tradiciones laicas. El alcohol seguiría siendo el condimento principal de los picnics kurdos aunque quede estrictamente prohibido en Basora.

La solución de los tres Estados permitiría a EEUU desembarazarse de la responsabilidad de la seguridad en la mayor parte de Irak. Hoy en día hay menos de 300 soldados de la coalición en el Kurdistán, que atendiendo a esta propuesta tan sólo deberían responsabilizarse de su propia seguridad. Por el contrario, si entrara en el Kurdistán el ejército iraquí y cuerpos de seguridad, como sigue pretendiendo el Gobierno de Bush, esto requeriría la presencia de muchas más tropas de la coalición, porque las fuerzas iraquíes no están preparadas para esta labor, y porque serán necesarios soldados de la coalición para tranquilizar a una población kurda inquieta. Pero, si EEUU quiere permanecer militarmente en Irak, el Kurdistán es el lugar adecuado; los líderes kurdos ya han anunciado su deseo de que se establezcan bases militares estadounidenses permanentes en suelo kurdo.

Una república chií con autonomía también sería capaz de responsabilizarse de sus asuntos y de su propia seguridad. Tal vez no fomente valores precisamente pro-occidentales, pero si la coalición se retira rápidamente del sur, quizá éste deje de ser tan abiertamente anti-estadounidense. Permanecer en el sur supone hacerle el juego directamente a Muklada al-Sader o a sus sucesores. Los líderes chiíes moderados, incluyendo al ayatolá al-Sistani, han aconsejado paciencia en respuesta a los llamamientos insurreccionales de al-Sader, y han ayudado a negociar la retirada de los simpatizantes de éste de algunas comisarías y edificios gubernamentales. A pesar de ello, el alcance de la insurrección ha evidenciado la peligrosa posición de la coalición en el sur. La incapacidad de respuesta de la policía iraquí y de los Cuerpos de Defensa Civil subraya la impotencia de estas instituciones de seguridad creadas por EEUU. Cuanto antes se devuelva en el sur el poder a gente que pueda ejercerlo, mejor. Cualquier demora tan sólo beneficia a los extremistas anti-estadounidenses y a al-Sader.

En cuanto al Triángulo Suní, existe la esperanza de que las elecciones produzcan una serie de líderes que puedan restaurar el orden y poner fin a la insurrección. Es de suponer que tal desenlace no es el deseado por los rebeldes suníes, por lo que acudirán a la violencia para obstaculizar el buen curso de las elecciones en amplias zonas del Triángulo Suní. En tal caso, EEUU puede verse obligado a elegir entre ceder el poder a líderes de escaso peso y aguantar el caos derivado de ello, o bien continuar intentando pacificar el Triángulo Suní, lo cual puede generar aún más apoyo a la insurrección. Tal vez no exista ninguna opción buena en lo relativo al papel de EEUU en el Triángulo Suní, pero la propuesta de los tres Estados podría al menos limitar la intervención militar estadounidense a una zona concreta.

Bagdad es una ciudad de cinco millones de habitantes en la que coinciden numerosos miembros de las tres grandes comunidades iraquíes. Con un poco de habilidad diplomática, EEUU o Naciones Unidas podrían arreglárselas para que el régimen en Bagdad fuera más liberal que el existente en el sur. Las Fuerzas Armadas y policía kurdas y chiíes podrían encargarse de la seguridad en sus propios sectores de la capital, así como trabajar conjuntamente en los barrios suníes (con

*La creación
de tres
Estados
resolvería
muchas de las
contradiccio-
nes del Irak
actual*

toda la cooperación local posible) y en los barrios mixtos. Un arreglo como este en la capital iraquí no es el ideal, pero es preferible al compromiso de EEUU de convertirse indefinidamente en la fuerza policial recurrente en Bagdad.

Debido a lo ocurrido en Yugoslavia en los años noventa, muchos reaccionan horrorizados ante la idea de aplicar su modelo federal a Irak. Pero la partición de Yugoslavia no era inevitable. En los años ochenta Eslovenia pidió mayores cotas de autogobierno, pero Milosevic rechazó tal petición. Si hubiera aceptado una concepción federal más flexible, todo conduce a pensar que Yugoslavia, y no sólo Eslovenia, formaría parte del grupo de países que ingresan en la Unión Europea en mayo.

Aún con todo, una federación flexible puede conllevar muchas renunciaciones, especialmente para aquellos que soñaron con un Irak democrático destinado a transformar el panorama de Oriente Medio. De hecho, el país existiría más como nombre que como realidad. Tan sólo en el norte kurdo parecen darse las condiciones para el respeto de los derechos humanos al estilo occidental, y ni siquiera totalmente. Los derechos de las mujeres podrían retroceder en el sur, y tal vez también en Bagdad.

EEUU va a necesitar urgentemente la ayuda de Naciones Unidas y de otras organizaciones internacionales, así como, si aún está a su alcance, de las principales potencias europeas, para gestionar las elecciones y el desarrollo de una federación. La alternativa es una ocupación estadounidense indefinida de Irak, en la cual nos estamos quedando cada vez más solos. Se trata de una ocupación que EEUU no puede permitirse y que, además, impide que afrontemos amenazas más serias contra nuestra seguridad nacional.

Reputación estadounidense

La intervención estadounidense en Irak es un acontecimiento que definirá su papel en el mundo durante las próximas décadas. ¿Será considerada una ratificación de las doctrinas del Gobierno de Bush de guerra preventiva y de actuación básicamente unilateral?

El caso de Irak demuestra claramente el disparate de la doctrina de la guerra preventiva y del unilateralismo. EEUU debe reservarse el derecho a actuar en solitario si el país sufre un ataque o un peligro de ataque inminente. Pero, estas son precisamente las circunstancias en las que EEUU no se queda solo. Tras el 11-S tanto la OTAN como el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas ofrecieron su respaldo incondicional a las actuaciones estadounidenses, incluyendo las de carácter militar, contra la amenaza del terrorismo internacional con base en Afganistán. Una vez derrotados los talibán, otros países colaboraron enviando tropas (aceptando la posibilidad de bajas) para estabilizar el país, y también contribuyeron con miles de millones para reconstruirlo. Debido al rápido desvío de atención de EEUU hacia Irak, Afganistán ha quedado sumido en numerosos y agudos problemas, que incluyen la proliferación de "señores de la guerra" y la privación de los derechos más básicos. El apoyo internacional a favor de Afganistán sigue siendo importante, por lo que un nuevo modelo de gestión podría revitalizar el esfuerzo.

EEUU decidió actuar contra Irak sin la autorización del Consejo de Seguridad, sin el apoyo de la OTAN y contando tan sólo con un puñado de aliados. Y ninguno de ellos, aparte de los británicos y de los *peshmerga* kurdos, aportó ninguna contribución significativa al esfuerzo de guerra. En la actualidad, EEUU está asumiendo prácticamente todos los gastos de la ocupación de Irak. Incluso aquellos que en su momento apoyaron la intervención unilateral parecen ahora darse cuenta de que es insostenible. Tras despreciar a Naciones Unidas, ahora el Gobierno de Bush necesita desesperadamente su apoyo.

Hay ciertas cosas que sólo se pueden hacer a través de Naciones Unidas, como por ejemplo un proceso electoral que resulte creíble a los ojos de los iraquíes, o aportar legitimidad a una transición política. Pero, el principal motivo para desear la participación de Naciones Unidas es el de compartir la carga. La internacionalización es un elemento clave en los planes de John Kerry para Irak. Aunque no es una tarea fácil. Si bien un Gobierno estadounidense menos agresivo lograría sin duda un mayor apoyo y contribuciones internacionales, seguirá siendo complicado persuadir a las potencias europeas para que permitan a Naciones Unidas, o bien a la OTAN, asumir la principal responsabilidad en Irak.

El motivo es el coste de la operación. Si se tienen en cuenta todos los gastos, un año de intervención en Irak cuesta entre 50.000 y 100.000 millones de dólares. Según la escala de valoración vigente en Naciones Unidas, esto supondría tanto para Francia como para Alemania un gasto comprendido entre los 5.000 y los 10.000 millones de dólares, aparte de tener que soportar la presión de poner a sus propios soldados en peligro. Los costes de la OTAN son similares. Aunque nuestros aliados preferirían sin duda a Kerry en el gobierno, posiblemente tampoco deseen comprometer tal escala de recursos para ayudar a EEUU a salir de Irak. Como me dijo un diplomático europeo antes de esta guerra: "En Irak, quién rompa algo, lo paga".

La política de EEUU tiene mayores garantías de éxito cuando sigue la legislación internacional y se desarrolla dentro del marco de Naciones Unidas, de acuerdo con las disposiciones de sus estatutos. No se trata únicamente de defender los ideales de la ONU, es también una cuestión práctica. Como lo demuestra nuestra guerra en Irak, no podemos permitirnos otro camino.